

diano formado por los pliegues ó anillos de la serpiente. A causa de sus beneficios, llevaba ceñida la corona de Apolo, dios de la luz, su laurel doble, simbolo de la armonía y de la victoria. Y efectivamente el restablecimiento de la armonía, es decir, la unidad, forma el objeto y la esencia de la terapéutica. . . .

“Los filósofos paganos convenían en la identidad entre Esculapio y Apolo; y á consecuencia de esto los platónicos Proclo y Salustio colocaban en el sol la residencia de Esculapio, médico de las almas. ¿Creeráse tal vez que un puro azar haya puesto la serpiente bajo el dominio de Esculapio? ¿Por qué el dios de la luz y de la armonía, es decir, de la unión, es el árbitro de la medicina? ¿No es por haber destruido á la serpiente Pyton? ¿Y qué viene á ser Pyton, sino, como el Typhon de los egipcios, el emblema del mal espiritual? No puede haber duda en esta parte, pues los nombres mismos traen consigo las pruebas. Pyton es el anagrama de Typhon, y ¿quién revistió á Esculapio de los atributos del Apolo pytio? ¿No es la gloria de haber vencido al antiguo enemigo? ¿Y cómo ha venido á ser el salvador de la humanidad? ¿Concebís ahora, por qué la sacerdotisa que habia de declarar el porvenir, pisoteaba la escamosa piel del misterioso tripode? ¿No os acordáis que segun la tradicion griega, Pyton quedó muerta á la entrada de la gruta en que la VIRGEN de la justicia divina, Themis, pronuncia sus oráculos? Seguid esta íntima ligazon de imágenes, y decidnos despues si se ha de atribuir al acaso.”

En una leyenda de los griegos, un dios, transformado en serpiente, vino á pervertir á la muger.

Otros dicen que de la muger y de la serpiente nacieron una raza de hombres, por cuya causa fueron llamados Ophiógenes.

Entre los epirotas solo una virgen podia ser sacerdotisa de las serpientes que ellos adoraban, como si con esto hubiesen querido conservar la memoria de las primitivas relaciones de la muger con el ángel caído. Lo mismo sucedía en Lavinia, en donde las jóvenes eran sacerdotisas de la gran serpiente que los romanos adoraban allí. Si la serpiente no comía las tortas que le presentaba la joven sacerdotisa, se suponía que ésta habia perdido su virginidad y era sin remision condenada á muerte.

¿Por qué motivo las Furias, las Górgonas y las Medusas se pintan coronadas de sierpes, mientras que el hombre no se vé jamás en semejante compañía? ¿No es porque, como muy juiciosamente lo nota Rosely de Lorgues, la antigüedad quiere dejarnos vislumbrar “ciertas relaciones entre la serpiente y la muger?” Muy cerca de la serpiente aparece luego una muger. El encuentro de una serpiente es fatal á la compañera de Or-

feo, principe de la lira. Una serpiente amenaza á Andromedes: debajo el árbol maravilloso de las Hesperidas se oculta una serpiente: una serpiente priva de acercarse al vellocino de oro. La mitología del Norte nos dice tambien que la serpiente Midgard en sus relaciones con Agerboda, fué la causa de todas nuestras desgracias. La serpiente Sciuir lleva la palabra de la envidia.

No es fuera el caso el advertir, que la serpiente Midgard, nacida de la gigante Agerboda, mensajera de las desgracias, tenia por padre á Loke, calumniador de los dioses, el forjador de los engaños, el oprobio de Dios y de los hombres, de hermosa cara, pero de espíritu perverso.

Dícese tambien que esta serpiente enroscaba la tierra con sus pliegues, y que aparecerá terrible y amenazadora en el fin del mundo.

“Loke, dice Riambourg, es padre del lobo Fenris, la destruccion de la serpiente Midgard, ó sea el pecado, y de Hela, que es la muerte. Es imposible dejar de conciliar ó hermanar las tres ideas, y de no persuadirse cuando recordamos que la muerte, el pecado y la destruccion entraron en el mundo por medio de la astucia empleada por el espíritu seductor, que esto no sea una reminiscencia encubierta bajo un ligero velo de alegoría.

En Africa las muchachas están consagradas á las serpientes que los negros adoran. Creen los africanos, que si por la primavera las niñas encuentran al caer la tarde alguna serpiente, la proximidad de estos monstruos les hace perder la razon.

El Sr. de Humboldt, despues de haber reproducido en su *Vue des Cordilleres*, una curiosa pintura consagrada por los aztecas, y á la cual hemos aludido ya otra vez, añade estas notables palabras:

“Este grupo representa la célebre muger de la serpiente Cihuacohualt, llamada tambien Quilazli ó Tonacacihua, muger de nuestra carne; ella es la compañera de Tonacateuctli. Los mexicanos la miraban como la madre del género humano; despues del dios del *Paraiso celeste*, Ometecuhtli, ocupaba el primer lugar entre las divindades de Anáhuac. Vésele siempre en relacion con una gran serpiente. Otras pinturas nos representan una culebra abigarrada, ó de varios colores, hecha pedazos por el grande espíritu Tezcatlicopa ó por el sol personificado, el dios Tonatiuh. Estas alegorías recuerdan antiguas tradiciones del Asia; nos parece ver en la muger de la serpiente de los aztecas la Eva de los pueblos semíticos; en la culebra hecha pedazos, la famosa serpiente Kaliga, ó Kalizaga, vencida por Vishnu, cuando tomó la forma de Krischna.

Parece que no será fuera de propósito el presentar ahora á nuestros lec-



tores, como absolutamente incontestables, las juiciosas conclusiones del Sr. Roselly de Lorgues.

“Claro está, dice, que la serpiente bajo un título ú otro, y por una parte ú otra, figuró en este hecho misterioso cuya escena fué el Paraíso de la tierra, y los espectadores las inteligencias del cielo; puesto que en todo el globo, por todas las naciones y países se toma á la serpiente por el simbolo ó señal de la perfidia, de la mentira y de la muerte, y aun mas, en el sábio Egipto, significaba la ciencia del bien y del mal. Querer enumerar los signos, las costumbres, los ritos de veneracion ó de horror de que es objeto este reptil, sería pasar revista de todos los pueblos y de todos los cultos, tanto estinguidos como vigentes, pues no hay reino, ni pueblo, ni horda que haya podido eximirse de honrar ó de abortecer este simbolo. ¿Para qué dar á esta forma tanta importancia? ¿Por qué motivo la adopcion simultánea de esta figura en la religion del verdadero Dios y en el paganismo? ¿No se vislumbra en esta universalidad de tiempos y de lugares algo de extraordinario? ¿Cómo es que figura la serpiente en los doctos santuarios de Memphis y bajo la choza del juglar de Ohio y del lago Erieno? Si la historia de la caída del hombre fuese una pura invencion, ¿sería así, como la tradicion del diluvio, comun á todas las regiones habitadas? Los salvajes de la Grande Liebre, de la Tortuga y de los Largos Cuchillos, ¿la habrán ido á buscar en la Grecia ó á solicitarla al Irán? Toda vez, pues, que las naciones separadas por la inmensidad de los mares, el lenguaje y el orgullo mas indomable, no han podido comunicársela, fuerza es que venga de mas lejos, y que sea anterior á las emigraciones primitivas por haber sido llevada de este modo á las cinco partes del mundo.

“Estos hechos, estas analogías, estas conexiones traen consigo la fuerza irresistible de la mas concluyente dialéctica. Pues podemos decir á nuestros adversarios: nosotros los esponemos, y os dejamos que saqueis la consecuencia. ¿Os parece quizás errónea nuestra opinion? En este caso, esplicadnos, pues, cómo la serpiente, ser tan inferior en la escala de la creacion, este vil habitante del lodo, de los escómbros y de las ruinas, ha sido representado en los altares, honrado por los magos de Babilonia, por los sacerdotes de Memphis, del Ganges, de la Tartaria, de la China, de los Archipiélagos indios y de las dos Américas? ¿Decidnos, por qué pasó á ser el signo imperial de la monarquia, como emblema de la ciencia del bien y del mal? ¿Como es que aun hoy dia en las naciones inmóviles de las estremidades del Asia figura en el sello de los emperadores y en los estandartes de los ejércitos? ¿Si esto no es por el papel que hizo en la historia de la caída primitiva, hallais algun otro motivo? Y si

la importancia universal de la serpiente proviene del relato de la caída, luego este relato presentóse ya en su origen bastante justificado para merecer una creencia absoluta; luego fué anterior á la dispersion de los pueblos; luego esta tradicion es primitiva. Y entonces la teoria del progreso continuo se hunde por su base, pues que el fetuismo inicial y progresivo fué imposible. No solamente la figura de la serpiente del Génesis no es fatal al catolicismo, sino que antes bien rehabilita la enseñanza de sus doctrinas, y aun en nuestros dias, segun la imágen de los israelitas en el desierto de Hor, las crueles mordeduras hechas á la fé por la sierpe calumniadora del último siglo, quedan curadas á vista de la serpiente histórica, colocado bajo su verdadero punto de vista.

Nos ha parecido oportuna esta digresion sobre el carácter peculiar de la serpiente, por encerrar datos curiosos acerca la importante tradicion de la caída original. Continuemos ahora el sagrado testo.

El Señor dijo también á la muger: “Multiplicaré las angustias de tu preñez, parirás los hijos con dolor, estarás bajo la potestad de tu esposo, y él te dominará.” Y efectivamente, el dolor quedó para siempre unido á la fecundidad, y lo que tan solamente hubiera sido la gloria y contento de las madres, es para ellas un peligro y algunas veces un suplicio. Y en oposicion con el órden establecido al principio, la muger cayó en un estado de sujecion con respecto al marido, cuya blanda superioridad se convirtió muy pronto y por largo tiempo en un áspero y suspicaz dominio. Nada es comparable con el despotismo y el envilecimiento que una mitad del género humano hizo pesar sobre la otra mitad casi en todas las partes del globo por espacio de cuarenta siglos; pues no sabemos expresar de otro modo lo que era la muger en las costumbres y en las legislaciones paganas, como tendríamos ocasion de verlo y examinarlo mas adelante. Aun en el dia no se halla vuelta á levantar de esa degradacion entre los pueblos que no han aprendido todavia del culto de la cruz el respeto debido á la debilidad. Solo los pueblos cristianos, concediendo una afectuosa veneracion á la muger, la han protegido contra su propia fragilidad y contra la dura tiranía del hombre: bajo la proteccion de las costumbres y de las leyes que el Evangelio ha hecho florecer en el mundo, puede ella usar de su libertad sin usurpacion, y estar sumisa sin abatimiento.

Y Dios dijo en seguida al hombre: “Porque tú diste oídos á la palabra de tu muger, y comiste del fruto que yo te habia prohibido tocar, la tierra será maldita por tí, y si sacas de ella tus alimentos, será con el trabajo por todos los dias de tu vida. Ella te producirá espinas y abrojos, tú comerás la yerba de la tierra, y comerás el pan con el sudor de tu ros-



tro, hasta que tú vuelvas á la tierra de la cual eres formado, pues polvo eres y en polvo te has de convertir. El trabajar con fatiga, la humillacion en la muerte, castigo y remedio de la sensualidad y del orgullo de nuestros abuelos, tal es la herencia asegurada á todos los hijos de Adán. Dotado el hombre de un espíritu generoso, de un corazón volcánico, engañado por fuerzas ó rebeldes ó débiles, pide á todas las cosas con una esperanza que nunca decae, una felicidad que nada le da. Su recuerdo le habla de un reino perdido, y sus deseos nunca saciados no anhelan sino gloria é inmortalidad. Todo lo compra á costa del mas duro trabajo, al precio de sus sudores y de su sangre, todo absolutamente, la fortuna, la reputacion, la ciencia, la virtud. Su existencia se parece á una ruina, por tan miserable, y al sueño de una noche por tan rápida. Gritos, lágrimas, alguna sonrisa, muchos dolores amasados en un corto número de dias, goces raros y fugitivos sazonados con amargura, todo esto arrasrado por el torbellino del tiempo, hácia el sepulcro; nacer, llorar y morir, he aquí lo que se llama la vida. Triste ilusión y sin embargo amada!

En el momento mismo de la caída del primer padre, fué decretada, ó mas bien fué anunciada la redencion en los consejos eternos de Dios. Su misericordia fué tan inmensa, como su justicia, y aun puede decirse que la superó. La desdicha de la criatura era irreparable, si un Dios no se hubiese resuelto á repararla. Esta escena adorable y magnífica, que pasó en el seno insondable de la Divinidad, apiadada del hombre, la veremos bellamente delineada en el siguiente cuadro, fragmento precioso del poema citado mas arriba.

Pecó el ángel: el hombre seducido  
 Airóse Dios, y en la encendida mano  
 Presto el rayo nació la ondoza llama  
 En puntas sube y por el aire vano,  
 Brotando entre los dedos se serrama,  
 Iba á lanzarlo ya, y el soberano  
 Verbo, alzado en su trono, el cielo inflama  
 De un esplendor de gloria y ambrosia  
 Que aúno, su faz bañando, despedia:  
 Cuando al morir los siglos caiga ardiendo  
 Desde su cumbre el sol; y el regio trono  
 Sobre su hoguera asiente; y al estruendo  
 De la trompa y los rayos en su acción  
 De mi pasión, oh Padre, tú recibe  
 Y sepa el hombre que en mi muerte vive."

Lance los astros al abismo horrendo,  
 No así parecerá; dulce patrono,  
 Ora del triste humano, amor le apiada,  
 Amor le ofrece ante su diestra ajzada:  
 "Padre, dice (y los cielos la carrera  
 Suspenden á su voz). Padra, mi gloria,  
 ¿Tu bella imagen á la saña fiero?  
 Entregas de Luzbel? ¿De su victoria  
 El impostor se jactará? El espera  
 Vengar de su castigo la memoria  
 Con el castigo del mortal amado,  
 Objeto dulce de tu esceldo agrado.  
 ¿Y triunfará el traidor? Piedad inmensa,  
 Sola piedad y amor; es nuestra hechura,  
 Es tu hijo el mortal; su grande ofensa  
 Dé mayor gloria á nuestra gran dulzura:  
 ¡Oh! ¡viva el hombre! tu poder suspensa  
 Y mi poder admira la natura;  
 Ora admire tu amor: llore el impío  
 Que sus engaños frustre el amor mio."

Sus engaños; osado en su malicia  
 Pecó el ángel: el hombre seducido  
 Cayó en dura batalla: su injusticia  
 Un nuevo crimen de Luzbel ha sido:  
 Es así, Padre, la eternal justicia  
 Debe ser aplacada; no, no pido  
 Que el rayo pongas sin vengar tu nombre  
 ¡Oh! ¡lánzale en tus iras sobre el hombre!  
 "Mas ved el hombre en mí: yo su delito,  
 Yo he de satisfacer: arde inexhausto  
 Por salvarle mi amor; seré el precito,  
 Seré tu maldicion; ¡oh! si, el infausto  
 Viva, yo moriré; venga infinito  
 Sobre mi tu furor; el holocausto  
 De mi pasión, oh Padre, tú recibe  
 Y sepa el hombre que en mi muerte vive."



LAS MUJERES DE LA BIBLIA.

Habla el Hijo, y de rosada lumbre  
Iluminado en visos aparece  
Ledo el iris de paz, y en su vislumbre  
Cercada la cruz santa resplandece:  
Ante ella, la celeste muchedumbre  
Se postra silenciosa: desaparece  
Súbito el rayo de la eterna diestra,  
Y mezclado en su seno amor se muestra.

“ Hé aquí, Padre, mi triunfo (el sacro Verbo  
Prosigue): el ara ved en que inmolado  
Hostia del mundo, figurado en siervo  
Mi sangre verteré por el culpado:  
; Oh Padre! parto: el sacrificio acerbo  
Me espera: parto de tu seno amado  
A salvar á los hombres: tú, Dios fuerte,  
Recibelos por hijos en mi muerte.”

“ Sea, el Padre responde: así en mi mente  
Lo ordené ante los tiempos, cuando unido  
Naciste de mi luz, saber potente,  
Por quien los siglos hice: entonces oído  
Fuiste en tiempo agradable: tú la gente  
Congregarás dispersa; y atraído  
Cuanto aguilón y el mar y el austro alcanza,  
Del mundo harás conmigo la alianza.

“ Yo, Dios, yo lo he jurado: tú el eterno  
Sacerdote serás: serán tu herencia  
Los pueblos y naciones: tu gobierno  
Son las lides del mundo: tú sentencia,  
Tú lo juzga: tu diestra el hondo averno  
Postrará, y el autor de inobediencia,  
En cien cadenas á tu cruz atado  
Llorará el torpe sollo derrocado.

“ Cinete, y triunfa, en tu derecha mano  
La fortaleza vá: tú el poderoso:  
Mueres, si; mas mi brazo soberano  
Te alzará de la tumba glorioso,

LAS MUJERES DE LA BIBLIA.

Primicias de los muertos: este arcano  
En medio de los siglos portentoso  
Se mostrará al mortal: en tanto lloro,  
Y en tristes votos su salud imploro.”

El Altísimo dijo: y dentro el seno  
Lanzado el Verbo y el Amor divino,  
En su almo rostro de cariño lleno,  
Al hombre anuncian su feliz destino:  
Depuso la justicia el rauda trueno  
Que á la alta diestra ministró continuo,  
Y abrazó la piedad, que en blando sello  
El labio imprime en su semblante bello.

“ Y Santo, Santo, en himno de alegría,  
Los serafines claman: á ti gloria,  
Gloria al Dios Sabao: la frente impia  
Del dragon tú domaste: la victoria  
Es el asiento de Jehová. ; Oh! envía  
A tu Cristo, y el hombre la memoria  
De tus piedades con eterno canto  
Celebrará bañado en dulce llanto.

“ Ven, oh Jesus: ya el triste del tesoro  
De tu pasión recibe su consuelo,  
Cual antes de nacer, sus rayos de oro  
El sol despunta en el rosado cielo:  
Lloved, nubes, al justo,” el santo coro  
Cantaba, y de su trono, en alto vuelo  
Se levantó Jehová, la sacra esfera  
En silencioso pasmo el fin espera.

Sube en carro de nubes, y elevado  
En alas vá del huracán: delante  
Vuela un querub, el brazo levantado  
Con un dardo de fuego centelleante:  
Satán en duro hierro encadenado  
Arrastraba al humano, y arrogante  
Triunfe, empezó á decir, cuando improviso  
Aparece Jehová en el Paraíso.



pirando el primer esfuerzo de la industria que venia á endulzar los males de la existencia, é imprimir á los usos mas vulgares y mas indispensables el carácter del gusto y de la belleza; creacion secundaria en la cual el hombre confecta á semejanza de su espíritu y transfigura la materia sometida á sus necesidades. Dios dijo por fin, como con una especie de ironía paternal: "Ved aquí á Adán hecho como uno de nosotros, sabiendo el bien y el mal: cuidado que no estienda su mano al fruto de la vida, y comiendo de él no viva eternamente." Y en medio de estas santas y formidables irrisiones, arrojó á los culpables del jardín de las delicias, quedándoles la entrada prohibida, y sobre ella un querubín ángel de luz armado con una espada de fuego. Desde aquel día la vida, trocada en tenebroso destierro, se parece á un sueño pesado, en que el dolor nos mece esperando el despertar de la muerte.

Fijémosnos por un momento en el rubor del delito que asomó por primera vez en el semblante de Adán, despues de haber delinquido. Cuando éste, llamado por Dios, le dijo haberse escondido por vergüenza que le causaba el estar desnudo, replicóle Dios: "¿Pues quién te ha hecho advertir que estás desnudo, sino el haber comido del fruto que yo te habia vedado que comieses?" El rubor, pues, quedó como testimonio perenne de la culpa, efecto temible y universal, inherente á nuestra naturaleza, marcado y reconocido por el primer hombre; luego despues de haber sido delincuente; efecto que vemos ya consignado en la primitiva tradicion, y que sentimos en nosotros mismos como todas las demas miserias que nos afectan. Tal es el rubor.

Pocos filósofos se han detenido en el estudio de este natural sentimiento, ó porque no hayan fijado en él su idea, ó porque lo habrán considerado como un accesorio de la conviccion del delito, que no merece fijar por sí solo la atencion. Sin embargo, considerado el rubor como una verdadera pasion que afecta al alma convencida de su propia fragilidad, y que produce una tan viva impresion, que se trasluce en lo esterior; y observando el enlace inmediato que tiene este sentimiento con el primer sentimiento que probó el padre de los hombres despues de su delito; no deja de ofrecer un vasto campo á la reflexion del filósofo cristiano, que descubre en el rubor una marca sensible de nuestra degradada naturaleza, y un aviso continuo que dejó la Providencia al hombre para que se humillase reconociendo su miseria y su debilidad.

La palabra rubor, espresando la idea de una causa moral por medio de un efecto sensible, toma su origen del color encendido que saca la vergüenza al rostro, y se usa indistintamente, ó para espresar este mismo color, ó para indicar la turbacion interior que lo produce. Es una sensa-

zamiento de la industria que venia á endulzar los males de la existencia, é imprimir á los usos mas vulgares y mas indispensables el carácter del gusto y de la belleza; creacion secundaria en la cual el hombre confecta á semejanza de su espíritu y transfigura la materia sometida á sus necesidades. Dios dijo por fin, como con una especie de ironía paternal: "Ved aquí á Adán hecho como uno de nosotros, sabiendo el bien y el mal: cuidado que no estienda su mano al fruto de la vida, y comiendo de él no viva eternamente." Y en medio de estas santas y formidables irrisiones, arrojó á los culpables del jardín de las delicias, quedándoles la entrada prohibida, y sobre ella un querubín ángel de luz armado con una espada de fuego. Desde aquel día la vida, trocada en tenebroso destierro, se parece á un sueño pesado, en que el dolor nos mece esperando el despertar de la muerte.

Fijémosnos por un momento en el rubor del delito que asomó por primera vez en el semblante de Adán, despues de haber delinquido. Cuando éste, llamado por Dios, le dijo haberse escondido por vergüenza que le causaba el estar desnudo, replicóle Dios: "¿Pues quién te ha hecho advertir que estás desnudo, sino el haber comido del fruto que yo te habia vedado que comieses?" El rubor, pues, quedó como testimonio perenne de la culpa, efecto temible y universal, inherente á nuestra naturaleza, marcado y reconocido por el primer hombre; luego despues de haber sido delincuente; efecto que vemos ya consignado en la primitiva tradicion, y que sentimos en nosotros mismos como todas las demas miserias que nos afectan. Tal es el rubor.

Pocos filósofos se han detenido en el estudio de este natural sentimiento, ó porque no hayan fijado en él su idea, ó porque lo habrán considerado como un accesorio de la conviccion del delito, que no merece fijar por sí solo la atencion. Sin embargo, considerado el rubor como una verdadera pasion que afecta al alma convencida de su propia fragilidad, y que produce una tan viva impresion, que se trasluce en lo esterior; y observando el enlace inmediato que tiene este sentimiento con el primer sentimiento que probó el padre de los hombres despues de su delito; no deja de ofrecer un vasto campo á la reflexion del filósofo cristiano, que descubre en el rubor una marca sensible de nuestra degradada naturaleza, y un aviso continuo que dejó la Providencia al hombre para que se humillase reconociendo su miseria y su debilidad.

La palabra rubor, espresando la idea de una causa moral por medio de un efecto sensible, toma su origen del color encendido que saca la vergüenza al rostro, y se usa indistintamente, ó para espresar este mismo color, ó para indicar la turbacion interior que lo produce. Es una sensa-



cion desagradable, hija inmediata de la conviccion de haber delinquido y de aquella oculta increpacion de la conciencia, con que el hombre se acusa á sí mismo, y que se llama remordimiento. Mas esta sensacion se diferencia del remordimiento, en que éste es hijo de la reflexion del alma sobre sí misma, y la sensacion del rubor es instantánea, inevitable, y que recoge como por sorpresa al entendimiento mas prevenido. Aquel impulso dominante que sentimos delante de otro despues de haber cometido una mala accion, y que no está en nuestra mano evitar; que crece y se aumenta cuanto mas la comprimimos, y que burla á veces todas las precauciones de nuestra voluntad, es una prueba irrecusable de que nuestra alma en medio de sus flaquezas no ha perdido el sentimiento de su dignidad, ni el conocimiento del bien y del mal, ni el amor á la inocencia y á la justicia. Prueba es que está impreso aun sobre nosotros el sello indeleble de aquel que nos crió, y que si bien por nuestro primer pecado nos dejó sujetos al error y á la malicia, conservó en nosotros el sentimiento íntimo de la virtud y de la honestidad, permitiendo que tuviésemos en nosotros mismos el secreto é inexorable regulador de nuestras acciones; la conciencia, que nos hiciese conocer por medio del rubor nuestras propias caídas é iniquidades.

Salta á los ojos de la razon, que el hombre, en el estado de la inocencia, no conocia esta impresion causada por el reconocimiento de la culpa. Así es, que no solamente su alma estaba libre de esta interior increpacion de su inocencia, sino que su cuerpo, sin otro velo que el de la inocencia, no producía en él el menor rubor. Este pasaje de la Escritura merece ser estudiado profundamente; porque este conocimiento del mal, esa vergüenza difundida por toda la especie humana, es un testimonio perenne del estado lastimoso en que se hallaron despues de su culpa los padres del linaje humano.

La Escritura no nos dá otra idea del estado de la inocencia en la cual se encontraron aquellos dos progenitores del mundo, sino que, hallándose desnudos, no se avergonzaban. Muy difícil es á nuestro pensamiento penetrar con esta sola idea negativa la perfeccion purísima de aquella gracia original que brillaba en los dos felices esposos. El alma pegada á nuestra carne corrompida, no puede formarse idea de aquella pureza angélica de que se halló dotado el hombre al salir de la mano omnipotente. Sujetos á la razon todos los sentidos, no ocurriría al pensamiento del hombre inocente la menor idea de desarreglo ni de rebelion en todas las potencias y facultades. He aquí la feliz ignorancia del mal, inseparable de la gracia primitiva; he aquí la paz interior del alma, gozando de libertad para escoger entre lo bueno, pero en perfecta armonia con la ra-

zon, que era la voluntad misma de Dios, inspirada á su pensamiento y á su corazon. Ese equilibrio inexplicable de las potencias del alma, que constituye la paz y la felicidad, y que no podemos percibir sino de lejos á fuerza de fatigas y de una lucha eterna con nuestras propensiones perversas, conservaba la deliciosa comunicacion del hombre con su Dios sin el menor esfuerzo, y alimentándole de su amor, le hacia sentir de continuo nuevas, puras é inexplicables delicias. Cerremos nuestros ojos carnales á las primeras escenas del Eden, cuando Dios hablaba con el hombre en la deliciosa soledad del Paraiso, tal vez revestido de formas corpóreas para hacerse mas accesible. El Crisóstomo llama á los dos esposos dos ángeles revestidos de cuerpos, sujetándose su carne al espíritu sin la menor repugnancia. Y los mas profundos entendimientos han reconocido la gran dificultad que tenemos en formarnos alguna idea del admirable candor de Adán y Eva en el estado de inocencia.

En los primeros momentos despues de su delito, abriéronseles los ojos, y conocieron que estaban desnudos. Como la idea de bien es en nosotros relativa, y no podemos formarnos idea de bien sin formarnos la del mal por esto dice la Escritura que Adán y su esposa no conocian el bien y el mal. Bien era y bien superior á toda idea el que disfrutaban en su felicidad, pero puede decirse que lo sentía y gozaba su corazon, sin que lo conociese su entendimiento como opuesto al mal, del que por dicha suya no tenían la menor idea.

Delinquieron y abriéronse sus ojos carnalmente, para conocer el bien que habían perdido y el mal que les amenazaba. Entonces entró en sus almas la turbacion del delito, y el terrible conocimiento del mal de que habían sido capaces. Vieron todo el horror de su situacion, y sintieron perdido el velo de candor que cubria antes su hermosa y augusta desnudez. En aquel mismo momento nacieron en su alma la malicia, y la concupiscencia, y los primeros síntomas de aquella rebelion de la carne que habia de afligir á todos sus descendientes. Viéndose desnudos de la gracia, asomó en su rostro el rubor de su delito y la vergüenza de sí mismos. Corridos y amedrentados, buscaron en el umbroso abrigo de los árboles como huir de la vista purísima de su Criador, como dos reos convictos huyen de la presencia de su juez. Y el instinto de aquella ciencia funesta, que acababan de adquirir con su desobediencia les hizo ocultar recíprocamente su desnudez; aquella desnudez que no podian aguantar sus ojos.

Mas; cual sería su rubor y turbacion cuando, llenos de confusion y de óprobrio, y oprimidos con el peso de su delito, llamó Dios á Adán diciéndole: ¿Dónde estás tú? Confundido el preváricador, confiesa que habia



oído su voz en el Paraíso, mas no confiesa su culpa, sino su temor y su vergüenza que eran resultado de ella. El Señor empero le redarguye con la causa de esta vergüenza, que era su delito; confésalo Adán, pero descargándose antes con la mujer que Dios le había dado por compañera así como ésta, recomendaba después por el Señor, se excusó con la serpiente tentadora.

En este corto diálogo se resumen todas las miserias que habían de afligir al linaje humano: el orgullo de querer igualarse á Dios, la debilidad del hombre, en ceder á su esposa, todo un mundo sacrificado á la criminal condescendencia del amor. El entendimiento quedó ofuscado con la ignorancia en castigo de su orgullo, y el corazón juguete del desorden de las pasiones, en pena de su amor desarreglado á la criatura. A pesar de tan espantoso trastorno, el Señor dejó á Adán el rubor del delito, rubor saludable, que humillando nuestra soberbia, y haciéndonos reconocer nuestra iniquidad, prepara al alma para el arrepentimiento.

El rubor, pues, ha quedado en el mundo como otra de las pruebas de la prevaricación original, de la caída del hombre, y de la misericordia de Dios. Y el pudor, que no es sino el rubor de la modestia, ha quedado también como un sentimiento universal, una virtud de la naturaleza, que si bien sirve de una guarda poderosa á la inocencia y á la honestidad, nos recuerda el estado de flaqueza y de vergonzosa desnudez, en que quedaron nuestros cuerpos, no revestidos ya con el velo del candor primitivo anterior á la culpa.

El sentimiento del pudor es un sentimiento universal y tan antiguo como el mundo. Vémosle naturalmente en el hombre en todos los estados, en todos los países, en todos los siglos. Aun en aquellos climas en que, abrazado bajo los rayos del sol, anda desnudo por los bosques, respeta sin embargo en sí mismo las leyes de la decencia y del pudor. Cuando algunos hombres, ávidos de buscar en la brutalidad del salvaje la ley suprema de la naturaleza, han recorrido los desiertos inhabitados para hallar una ú otra escepcion de esta ley y para afrentar á la humanidad, en lugar de cubrir con un velo aquellos monstruos morales de la especie humana; se les ha respondido, que el hombre sencillo y no corrompido, en el estado de pura naturaleza, ha conocido siempre la ley del pudor y la ha respetado, á menos que no haya llegado al último grado de degradación moral, esto es, á una abominable disolución de costumbres. El estado de naturaleza, tal como se lo han imaginado algunos filósofos, no es mas que la brutalidad aplicada al hombre. Si fuese cierto, dice el autor del catecismo filosófico, que los othaitinos ó algunos otros pueblos salvajes, apenas conocían el pudor, eso quería decir, que han arrendido á

no respetarlo, y que los sentimientos mas naturales y mas fuertes del corazón humano, se habían ido debilitando y destruyendo poco á poco con impresiones y hábitos contrarios. El colérico no conoce las dulzuras de la mansedumbre, ni el ébrio el mérito de la templanza; el avaro las delicias de la beneficencia, ni el ambicioso el apacible encanto del retiro. ¡Y de esto deberemos inferir que tales vicios forman el estado de la pura naturaleza, ni que cuanto estos hombres viciosos ignoran es efecto de la educación, ó pura invención humana? ¿No es mas fácil de comprender cómo la pasión, el hábito, la educación pueden debilitar y extinguir poco á poco el sentimiento moral, que lo es concebir cómo estas mismas causas pueden embotar la sensibilidad física; pues en uno y otro caso ellas hacen violencia á la naturaleza? Y sin embargo, ¿no es bien claro que la naturaleza ha inspirado al hombre una cierta reserva, una impresión de modestia y de confusión respecto á cualquiera sensación humillante, por el imperioso contraste que hace á la razón, por los efectos contradictorios á su fin natural, y por los dolorosos desórdenes que resultan en todo género? "Permitaseme, dice un autor, á quien no se tachará seguramente de exajerador, hacer una breve digresion sobre tantos objetos y prácticas obscenas, con que estaban manchados los antiguos misterios de los gentiles, y particularmente los de Baco." La vergüenza no es una virtud de convencion, sino que la debemos á la naturaleza, la cual se sirve de ella para hacer mas amable la belleza, la fealdad menos insoportable, y aun á veces interesante. La custodia de nuestras costumbres parece confiada á este pudor innato, tan favorable á la propagación de nuestra especie, el cual en vano el vicio se esforzaria á contrahacer. Se dirá, sin duda, que la religion habia consagrado estas indecencias, y que acostumbrados á ellas desde niños, la imaginacion no podia comóverse por ellas; ó en fin, que no se debe juzgar de las costumbres de los demas países por las nuestras. Estas razones frívolas quedan bien dispadas por la esperiencia y por los hechos."

El pudor, pues, es un sentimiento natural, así como lo es el rubor, con la sola diferencia que este nace de los reproches de nuestra propia conciencia, y aquel es producido por los sentimientos de la modestia. Uno y otro sentimiento hacen salir los colores al rostro, en presencia de los demas. Mas el rubor del delito tiene algo de siniestro y degradante que no se halla en el inocente pudor lleno muchas veces de gracia y de embeleso, y guarda la mas segura de la virginidad. ¡Cuántas veces el pudor ha sido la única defensa de una virgen tímida delante de su seductor! ¡cuántos prodigios no han nacido de este sentimiento que es el herosimo de la honestidad! ¡Desdichado del hombre que llega á perder el rubor, ese re-



cuerdo involuntario de la virtud perdida, ese ingénuo precursor del arrepentimiento! Desdichada de la mujer que ya no tiene pudor, y cuyo semblante es tan audaz como impuro su pensamiento!

La civilización mas adelantada, lastima, pero fuerza es decirlo, no pone á cubierto al hombre de la pérdida del pudor. En esas grandes ciudades, en donde el hombre, olvidado casi de su destino, vejeta entre el tumulto de los placeres, en esos focos de pasiones desencadenadas, en donde se levantan altares á la disolución y á la molice, y la corrupcion sirve de pasatiempo; es tambien en donde se ha llegado á sofocar el grito santo de la naturaleza, y hasta condenar el pudor como una debilidad: fruto de una mezquina educacion ó de añejas preocupaciones. Allí es donde se hallan estos enjambres asquerosos de mercenarias prostitutas, que venden su honor y su cuerpo al precio mas vil; allí es donde una juventud, embrutecida y provocada por mil incentivos públicos y privados, corre á saciar en lupanares inmundos una pretendida necesidad que reclama la naturaleza abandonada á todos sus instintos, y que se dora sin embargo con los nombres mas bellos. Basta, no descorramos mas ese velo tenebroso que oculta tantas abominaciones. Por perseguido, por insultado que sea el pudor, por desterrado que se halle en algunas almas perdidas no por esto deja de ser un sentimiento natural, poderoso, dominante, irresistible, lleno de atractivos, guarda fiel de la virtud en todos los corazones no contaminados. Así como, no porque tantos hombres hermanados con el crimen han logrado sofocar los remordimientos, deja de ser el rubor el efecto inmediato del delito. Una de las mayores pruebas de nuestra degradacion original es la existencia de tantos monstruos en forma de hombres, que se alimentan del crimen y no respiran sino infamia, cuya presencia llena de horror á la humanidad y hace estremecer la tierra que los sostiene.

Por mas, pues, que la malicia humana sufoque estos gritos perennes de la naturaleza, esos sentimientos inherentes á toda nuestra especie, ellos subsistirán como prueba de nuestra caída y de nuestra fragilidad original. El que no sintiere rubor de su delito, es porque su alma yace ya sepultada en la iniquidad y aletargada en el crimen, de cuyo letargo no despertará hasta aquel momento terrible en que invocará á las montañas que caigan sobre él y le hundan en sus abismos para evitar el semblante lleno de indignacion de un Dios vengador. Entonces, por no haberse aprovechado del saludable rubor de sus culpas, se verá confundido para siempre. Todos nosotros sentimos la ley de la carne en rebelion con la ley del espíritu, y en este sentimiento se funda el del pudor, siempre que descubrimos nuestros cuerpos, rebeldes por inclinacion á las leyes de

la razon y de la justicia. Esta propension humillante es en nosotros el origen del pudor. Algunos antiguos filósofos no ignoraron ese sentimiento natural, y lo respetaron como una inspiracion virtuosa. La gentilidad misma levantó templos al pudor. Otros lo condenaron tambien como una debilidad; y los impuros cínicos hacian profesion de sofocarlo. Algunos modernos han envidiado esa brutal licencia á los sectarios del cinismo, renovándola en nombre de la razon y de la filosofia en el centro de un pueblo civilizado. Y ese desprecio del pudor continúa en figurar en la lista de las despreocupaciones.

No es de nuestro objeto, por ahora, presentar semejantes delirios en toda su deformidad moral y filosófica. No es este lugar oportuno para poner en contraste la moral evangélica con la moral de la relajada filosofia, por lo que respeta á la pasion mas tempestuosa y terrible del corazón humano. No hemos entrado todavia en el exámen de las pasiones. Tan solo hemos tratado del pudor por incidencia, como formando parte de aquella vergüenza y confusion que es en nosotros el efecto del primer pecado. Hemos querido añadir esa prueba de mas á las muchas que dejamos ya alegadas, y que inspirará á cualquier hombre el simple buen uso de la razon natural, de que nuestra especie prevaricó en su origen, y que nosotros estamos tocando á cada paso y sintiendo en nosotros mismos los resultados funestos de esta prevaricacion original.

Eva, entretanto, dió á luz un hijo, y como para consolarse de su propia mortandad le puso el nombre de Cain, diciendo: "He aqui que yo tengo un hombre por la voluntad de Dios." Tuvo en seguida otro hijo que fué llamado Abel, es decir, vanidad, para demostrar sin duda la fragilidad de la vida. Cain, pues, cultivaba la tierra y Abel cuidaba de los rebaños. Los dos sacrificaban al Señor una parte de sus bienes que de él recibian, pero eran muy diferentes las disposiciones de su corazón.

Un sabio del pasado siglo, el célebre y eruditísimo Feijóo, al trazar el cuadro de los crímenes de los hombres, para desvanecer la preocupacion entonces popular de que el mundo nunca habia sido peor que en nuestros tiempos, describe de un solo rasgo el carácter del vicio desde que fué introducido en el mundo por la culpa. El vicio, dice, apareció ya gigante desde su cuna. En efecto; en el fratricidio que se cometió entre los hijos de Adán vemos una reproduccion de la funesta escena del Paraíso. La envidia que indujo al espíritu tenebroso á seducir y perder á los primeros padres, emponzoñó tambien el corazón del primer hermano. El hombre, condenado á morir, vivia aún sobre la tierra, y sa misma mano fué la que debía dar la primera victima á la muerte.

El uso de los sacrificios remonta naturalmente á la primera edad del



mundo. Los primitivos pueblos ofrecían sacrificios á la divinidad sobre las cimas más elevadas de los montes, en el insignífico templo de la naturaleza. Este acto de reconocimiento del Creador por la criatura, importaba la triple idea de gratitud, de súplica y de expiación. La primera familia humana, conservando (fuese) la memoria del grande infortunio del hombre, y del castigo á que fue condenado por su desobediencia, él y su posteridad, no tenía mas recurso que humillarse en la presencia de Dios justamente indignado; y vislumbrando una esperanza de misericordia y de reparación, regar con lágrimas un suelo ingrato al cual se consideraban arrojados como en un desierto; y manifestar por medio de humildes sacrificios el reconocimiento de su culpa, de su infelicidad, y del supremo dominio de Dios sobre sus criaturas, procurando que fuesen lo más gratos posibles á los divinos ojos.

Los hijos de Adán y Eva, pues, ofrecían estos sacrificios. Sin embargo, no todos fueron igualmente aceptables para Dios. Abel, modelo de justicia y de rectitud de corazón, en cuanto puede serlo el hombre concebido en el pecado, ofreció primogénitos de sus ganados como pastar que era de ovejas. Cain, empero, que se ocupaba en la agricultura, hizo ofrendas de los frutos de la tierra. Mas como Dios lee en el corazón de los hombres, y se complace no en los dones de los miserables mortales, pues no necesita de ellos, sino en la pureza y la humildad con que se le ofrecen, vió las diversas disposiciones con que los dos hermanos le rendían aquel tributo ú homenaje de adoración. Abel, penetrado de gratitud y de amor, ofreció á Dios las primicias de sus rebaños, Cain, empero, según nos indica la Escritura, no ofreció precisamente de lo mejor, sino tan solo de los frutos de la fuerza, dando á entender por esta circunstancia que la ofrenda de Cain era de lo más precioso de lo suyo, ni iba acompañada de aquella fe y de aquel amor que hace meritorias nuestras ofrendas á los ojos del Señor.

Pues aun cuando las dos ofrendas, fuesen, materialmente, de un mismo precio, por la fe presentó Abel á Dios muchísimo considerable ofrenda que Cain, en expresión del Apóstol. El Señor, pues, no hizo escepcion de personas, no atendió sino al corazón, que es el que da valor á todas nuestras obras exteriores. Aceptó Dios las ofrendas de Abel y no hizo caso de las de Cain. Es común sentir de los Padres y expositores, que un fuego descendido prodigiosamente del cielo consumió el sacrificio de Abel, en muestra de aceptación, mientras que el de Cain quedó sin que lo consumiese la celeste llama. Ganó Cain que su sacrificio no había sido aceptado por Dios. La envidia que empezaba á crecer en su negro corazón, salió ya en su rostro. El odio á su hermano devoraba ocultamente sus entrañas. Pálido

y taciturno parecía abrigar en su seno la turbación y las maquinaciones de un delito. El mismo Dios, no obstante, se dignó hablarle; y aunque este desventurado sea hijo de un padre delincuente, parece que busca Dios como prevenir el negro proyecto que aquel amaga. Por qué, le dice, estás enojado, y estás demudado tu semblante? Ved con qué admisible previsión le recuviene ya de antemano, por si osa consumir el atentado que está meditando: ¡Acaso si obrares bien no serás rebcompensado, y si mal no tendrás siempre ante tus ojos el castigo de tu pecado? Mas de cualquier modo que sea, tu apetito ó tu concupiscencia estará á tu mandar, y tú la dominarás, si así lo quieres? Hé aquí el libre arbitrio en el hombre declarado por el mismo Dios, como si le dijera: Tus pasiones desordenadas, tu naturaleza corrompida pueden invitarte, provocarte al delito, pero no te pueden forzar á él. A pesar de sus sugestiones, si ellas te dominan, tú te dejarás dominar: tú serás siempre dueño de tí mismo. Estas palabras que Dios dirije á Cain merecen ser meditadas profundamente. El hombre, aun manchado con la culpa original, es todavía capaz de merecer por sí mismo, pero no por sus solas fuerzas naturales; y Dios es el que le promete las recompensas por el bien que hiciera. Todavía sus obras pueden ser agradables á los divinos ojos. Hijo de maldición y de ira, esclavo de la culpa y de la muerte, ¿cómo hubiera podido merecer por sí mismo la menor recompensa sino por los méritos infinitos del futuro Reparador, prometido por Dios luego después de la primera culpa, por quien fueron salvos los primeros prevaricadores?

El justo Abel era ya un símbolo del Redentor del mundo: su mansedumbre y su amor eran figura de la de Jesucristo, y su inocencia cruenta por la envidia de un hermano figuraba aquel Cordero divino, víctima del odio y de la perfidia de los hombres. Salgamús á fuera. Esta fue la voz de la alevesía. El hermano de Abel no puede ya contener la rabia que le devora. Busca la soledad del desierto para consumir la maldad que medita. ¿No ablanda su corazón de fiero la docilidad con que le obedece y le sigue su inocente hermano? Cain es aquí el primer modelo de la perfidia y del engaño, es el tipo detestable de los falsos amigos y de los traidores. El universo dió un gemido en el momento en que el hombre delinquirá la primera vez, pero presuroso gemirá la tierra al recibir en su seno la primera víctima del crimen, el primer despojo de la muerte.

Estremécese á la verdad el figurarse á aquel primer grupo de la implacable venganza que fatigó al mundo por primera vez; un hermano meditando el dar la muerte ó el perder á su inculpable hermano, y en hacer el bárbaro sacrificio de la sangre del hombre á su rencor á la satisfacción



atroz de su envidia y su orgullo, pasiones fúestas de quienes ese primer ídola del vicio había hecho el dios de su corazón. El célebre Gesner, uno de los más fecundos genios de Alemania, nos describe con el vivo colorido de la verosimilitud y del sentimiento el golpe fatal y alevoso que hizo caer á Abel. Derridado en tierra, palpitante y ensangrentado, Cain que tal vez no tenía aun idea de la muerte, le llamaria por su nombre: ¡Abel! Asombrado de verle pálido y postrado, recibiria quizás sus últimas miradas, miradas de perdon y de piedad. Al verle despues como un tronco inanimado, sin movimiento, sin vida, que nada respondió á sus clamores; qué horror, qué hielo mortal, qué horrible convulsion debia apoderarse del fratricida!

Así como el Señor llamó al confuso Adán despues de su delito, y le preguntó: ¿dónde estás? asimismo llama al asesino de Abel, y le dice: ¿En dónde está Abel, tu hermano? No se humilla por esto la audacia del pérfido; y añadiendo á su crimen un imprecacion sacrilega, despues de haber dicho que no lo sabia, añade con altivo descaro: "¿Soy yo por ventura guarda de mi hermano?" Pérfido! ¿no te basta haberle sacrificado: rodavía osas insultar á ese mismo Dios que vió tu crimen nefando, y que ha de vengar á la inocencia? "¿Qué has hecho?" replica el Señor, la voz de la sangre de tu hermano está clamando á mí desde la tierra." Dios ofendido repite contra el criminal la terrible maldicion que dió á la serpiente. "Maldito, pues, serás desde ahora sobre la tierra, la cual ha abierto la boca y ha recibido de tus manos la sangre de tu hermano." Y renueva tambien el Señor la sentencia fulminada contra el hombre. "Despues que la habrás labrado no te dará sus frutos: vivirás errante y fugitivo sobre ella." Estremecido el traidor con tan terribles palabras, reconoce su delito, mas en vez del humilde arrepentimiento, se arroja de pronto á la desesperacion. Aterrado por su misma iniquidad, se considera con horror arrojado como un réprobo de la divina presencia, y llevando siempre consigo la imagen sangrienta de su hermano y los vórices remordimientos del infierno. La confesion de Cain fué, pues, de temor, no de amor. "Andaré errante y fugitivo por el mundo, y cualquiera que me hallare me matará." La idea de la muerte y la conviccion de haberla merecido horroriza á Cain; ese cruel, ese bárbaro en el crimen tiembla con la idea del morir. La crueldad acostumbra ser la madre del temor. Sin embargo, la misericordia de Dios es inagotable. El Señor, tantas veces y tan vilmente ofendido por el hombre, no desampara al desdichado Cain. "No, le dice Dios, no será como tú dices." Y amenaza al que lo matare con septuplicado castigo.

Dios echó en cara á Cain su delito; ¡Inepacion terrible en boca mis-

ma de la Divinidad! Mas no le abandona; no le deja en su desesperacion horrorosa; permite que expie su crimen con una vida prófuga y errante; y con este rasgo asombroso de misericordia, convida en la persona de Cain á todos los hombres culpados para que esperen en él, antes de abandonarse desesperados á orrimenes mayores. Dios no perdona á Cain al momento despues de su delito, no es protector de un asesino, de un fratricida: consérvale la vida para que sea penitente sin prometerle la impunidad cuando no expie su crimen con la penitencia. La misma voz de clemencia y de perdon se ha prolongado por todas las generaciones de Adán, y se prolongará hasta el fin del mundo por los méritos de aquel, que en medio de los tiempos reconcilió la tierra con el cielo.

Crean la mayor parte de los padres que la señal que puso Dios á Cain para que cualquiera que lo encontrase no le matara, fué un continuo temblor de todo su cuerpo, acompañado de un semblante atroz y horrible que daba á conocer la agitacion de su conciencia. Conturbado este criminal por su hecho desastroso, rodeado de fantasmas aterradoras, padeciéndole siempre ver la victima que caía, y manóas alzadas contra sí propio para vengar aquella, podia Cain expiar su delito, y no, desespero del perdon, en sentir de sabios intérpretes, que hacen interrogante aquella cláusula pronunciada por el fratricida despues de haber oído su condenacion por la boca de Dios. "¿Es tan grande mi maldad que no merece perdon?" Este mismo sentido le dan, según Du-Clot, los comentarores hebreos.

Salido Cain de la presencia del Señor, prófugo en la tierra, habitó en el país que está al oriente del Eden. Las sagradas letras nos ocultan el fin de este fratricida. De todos modos la historia de su delito nos ofrece en todas sus circunstancias serias e importantes reflexiones, que de paso hemos procurado indicar.

La muerte, pues, con este fratricidio, empieza á tomar posesion de su dominio sobre el hombre. El egoísmo, los celos, la ambicion, todas las pasiones y todos los crímenes van á inundar el universo; los mas sagrados deberes, los sentimientos mas tiernos y los mas fuertes serán desconocidos y pisoteados. La efusion de sangre marcó el origen de la primera sociedad, fundada no obstante bajo la mano inmediata de Dios, y con elementos que todo conspira á hermanar y á mantener en armonía. ¿Qué será, pues, cuando las familias se desunirán alejándose de su cuna, y que las diversas sociedades no serán mas que un foco de multiplicados y opuestos intereses? La historia aparecerá entonces como una gran tragedia que la virtud casi siempre perseguida llenará con sus desgracias, y en la cual el vicio vendrá á menudo á expiar el escándalo de su audacia



en las agitaciones y en las penas figuradas por la vida errante de Cain. El Señor consoló el luto de Adán y de Eva, enviándoles un hijo en lugar del que acababan tan infelizmente de perder. Eva le dió el nombre de Seth, para significar que todas sus esperanzas estaban desde entonces fundadas en él; y en realidad fue justo como Abel, y su posteridad siguió los preceptos del Señor, mientras que la de Cain marchaba por la senda trazada por su desdichado padre. Adán y Eva tuvieron aún muchos hijos y muchas hijas que se enlazaron en matrimonio; propagando así la especie humana, haciendo Dios que todos los hombres descendiesen de un mismo tronco, para que nunca jamás olvidasen, á pesar de la distancia de los tiempos y de los lugares, que son todos hermanos; y que la diversidad de intereses, de hábitos y de leyes no debía dividir á los que se hallan unidos por vínculo tan dulce como fuerte de un origen común.

Adán vivió novecientos años. Atribúyese por lo general la longevidad de los primeros hombres á la fuerza de su temperamento, á las calidades naturales de los alimentos que sacaban de la tierra, jóven todavía, á la sencillez y frugalidad de su vida. Debo añadirse á esto que la Providencia queria gobernar al mundo con sabiduria; así como le había criado por amor, y que entraba en sus eternos designios el conservar por largo tiempo los hombres, bien fuese para la rápida multiplicación de la especie, ó bien para la instruccion de las nuevas razas; pues los patriarcas tenían numerosos hijos, y cargados ya de muchos siglos, parecían detenidos en el umbral de la tumba para dar testimonio á la historia de los antiguos dias á la faz de muchas generaciones reunidas.

En cuanto á Eva nada se sabe de fijo sobre la época en que murió; sólo se conserva una opinión apoyada en muy antiguas tradiciones que pasó sobre la tierra algunos años mas que Adán. Algunos escritores en particular, los que colocan el Edén en la Palestina, creen que nuestros primeros padres fueron enterrados sobre la montaña del Calvario, cerca de la cual, se estiende, como es sabido, el valle de Josafat; en donde las almas vendrán á asistir á su postrer juicio. ¿No habria quizás en realidad para las cosas, así como para las personas, sus destinos reservados? ¿Y no seria conveniente que este drama solemne que se llama la vida de la humanidad, y que llenará por la unidad de su acción la serie entera de los siglos, presentase en un lugar mismo las tres grandes escenas de que se compone, á saber, la caída, la redención y el juicio?

La tierra está llena del nombre y de las desgracias de Eva; nuestra madre común. Estas desgracias, unidas á los grandes sucesos que acabamos de describir, se hallan consignadas mas ó menos distintamente en las cos-

monis y relatos históricos de los pueblos antiguos, y en las tradiciones desfiguradas de hordas idólatras y salvajes que habitan el Nuevo Mundo en el tiempo de su conquista. Según los indios, los persas, la mayor parte de las naciones del antiguo Oriente, los nátehez y los mexicanos, el hombre fué criado puro, y después se alteró su naturaleza, y todos los infortunios que le sobrevinieron derivan de la credulidad de la mujer engañada por el dragón.

La poesía cristiana ha revestido con las pompas de su lenguaje los sucesos memorables que fijaron la suerte de la humanidad. El Tasso ha cantado los siete dias de la Creacion; Vida, Samazaro y otros no tan célebres han pintado con graciosos colores algunas de las escenas del jardín de las delicias. El delicado Gesner ha delineado en preciosos cuadros de fantasia poética, la tragedia sangrienta de los dos primeros hermanos, trazando, para disminuir la acerbidad del desenlace, los amores fraternales de Cain y de Abel con toda la candidez encantadora de los primeros dias. Pero sobre todo, el cantor de Eden por excelencia, el inmortal Milton, de quien hemos presentado ya algun fragmento, descuella en este género tan fecundo como difícil. El *Paraíso perdido* es la gran *liada* del cristianismo; es el astro del genio del hombre que resplandece en los modernos dias como un reflejo brillante de los dias primeros del mundo, y tan superior al cantor de Aquiles como la historia de la humanidad es superior á la historia de un solo pueblo, y como la figura eterna de Dios es mayor que la débil imágen del hombre. Fuerza poderosa de invencion, profusion brillante de imágenes, riqueza esquisita de colorido, superan en mucho á las faltas que la severidad literaria se ha creído con derecho de inculpar á esta sabia y sublime composicion. Eva inocente aparece cubierta de una dulce magestad, ornada de gracias y de nobleza; Eva culpable se vuelve tímida y medrosa, y aunque usa de astucia en sus palabras, queda poderosa por sus lágrimas; y Dios le ha dejado en su caída algunos reflejos de su primera gloria, que la rodean de un respo, mezclado de terror, como una guarda celestia.

Las bellas artes han prevenido ó imitado la poesia. El dibujo, la pintura y la escultura, trazaron varias veces, y felizmente los principales pajes de la creacion, y particularmente la historia de nuestra primera madre. Las catacumbas, la capilla Sixtina, el Vaticano, las puertas del basterio de Florencia, el cementerio de Pisa, las fachadas y las vidrieras de nuestras antiguas iglesias, las Biblias y los misales góticos, reproducen algun paso de la vida de Eva, su creacion, su tentacion, su caída y su penitencia. Angélico de Fiesole, Ghiberti, Nicolás de Pisa, Cimabué, Miguel Angel, Rafael, Murillo, pintores ó escultores han descrito sobre



telas inmortales ó gravado sobre la piedra los goces y las de gracias del Eden, ó la imagen de nuestra primera madre. Entre todas estas admirables maravillas del arte cristiano, debe colocarse en primer lugar por la composicion, propiedad y bella expresion de las testas el tan conocido cuadro de Dominiquino. En él se vé á Dios que arrostra al hombre su desobediencia, Adán que acusa su muger, y Eva que rechaza la falta sobre la serpiente. Esta triple actitud está espresada con el mas exquisito sentimiento, y el espectador participa involuntariamente de la ansiedad de nuestros progenitores que aguardan de la boca de su gran Juez la sentencia merecida. Con todo, la justicia del Juez no borra la misericordia, y échase de ver que habrá simultáneamente dos caminos para llegar al cielo, la inocencia y el arrepentimiento.

Como desde Eva no se ofrece hacer mencion especial de muger alguna hasta las mugeres de los patriarcas postdiluvianos, nos ha parecido de algun interés, atendido el carácter de estas lecturas, dar una sucinta idea del grado de corrupcion á que llegó el mundo antediluviano, antes de transportarnos con placer á las sagradas y respetables tienditas de los granportarnos con placer á las sagradas y respetables tienditas de los grandes descendientes de Noé, llamados por Dios para progenitores del famoso y predilecto pueblo, á quien escogió para teatro de sus maravillas y bendiciones.

Pocos datos nos han quedado, fuera de lo consignado en los sagrados libros, sobre la época que transcurrió desde la creacion hasta la gran catástrofe que, reduciendo á la nada casi todos los seres animados del globo, preparó como una segunda creacion en la única familia que por providencia especial de Dios pudo sobrevivir á la submersion del mundo. En los quince ó diez y seis siglos que transcurrieron, según los computos mas admitidos, desde la creacion al diluvio, la naturaleza joven y ufana se mostraria con toda la lozana fecundidad que á sus primeros periodos convenia, tanto en el sustento y regalo de sus frutos y flores, como en el vigor y corpulencia de todos los seres vivientes, entre los cuales descollar debia el hombre como rey, aunque decaido, de la creacion. Según el sentir de algunos santos Padres, la propagacion desarrollabase asombrosa, tanto por la longevidad de los propagadores como por la fecundidad de las madres, produciendo muchos fetos en un solo parto. Numerosa, pues, y casi innumerable debia ser la poblacion que, derramándose por el globo, y extraviándose en sus caminos hasta llegar á corromperlos, hizo arrancar de Dios aquel gemido de dolor, hablando en lo humano, que en el lenguaje del historiador sagrado le hace llegar hasta á arrepentirse de haber criado al hombre. Viciada toda carne por la culpa del primer padre, fuente inagotable de todas las calamidades y miserias, una atmós-

fera de crímenes debía cubrir la tierra como un diluvio, mas terrible que el que se desplomó despues de las cataratas del cielo. Llegó el hombre embrutecido á desconocer la ley sagrada de la naturaleza pura, hundiéndose en un abismo de degradacion y de infamia, dejándose arrebatar por los impulsos de esta naturaleza corrompida. Esclavo vil de propensiones brutales, hacia servir su robustez y larga vida, y la fuerza de un temperamento henchido, por decirlo así, por la saludable nutricion y suculencia de los manjares que la tierra producía espontánea, á la satisfaccion desenfrenada de sus apetitos. Entregóse, pues, á toda la perversidad de sus instintos dejándose encadenar por el deleite; y no por turbacion del pensamiento ni por imbecilidad del querer sino por deliberada malicia efecto de su depravada costumbre, se entregó á sabiendas y sin pudor, hollando todo respeto á Dios y á los hombres: hambriento de gozar, precipitose hasta la maldad del bruto y descendió aun mas allá. Viendo Dios que habia mucha malicia en la tierra, dice el testo sagrado, y que todos los pensamientos del corazon eran dirigidos al mal, se arrepintió por haber hecho al hombre en la tierra; y precaviendo para lo futuro, y conmovido de dolor en lo mas hondo de su corazon, "borraré, dijo, al hombre que he criado, de la faz de la tierra, desde el hombre hasta los animales: desde el reptil hasta las aves del cielo, pues me arrepiento de haberlo criado."

¿Qué mejor prueba de que la malicia del hombre no se hallaba circunscrita á esta ó aquella region, sino estendida por toda la faz de la tierra; que no era de un solo genero sino vária y universal; que abrazaba toda especie de maldades, y en un alto grado y al punto mas culminante degradacion y embrutecimiento á que podia llegar, *malitia completa et consummata*, como dice la Escritura? Todos los afanes del corazon tendian á la adoracion ciega de los ídolos del placer y de la carne. Pues si bien en Dios no cabe ira, dolor ni arrepentimiento, con todo, el sagrado historiador acomodó al humano lenguaje los altos designios de Dios sobre sus criaturas, para espresar con toda la energía posible la acerbidad de las iniquidades humanas y la ofensa infinita que daban á Dios, el que á pesar de la inmutabilidad esencial de su naturaleza, se vió en cierto modo provocado por la perversidad del mundo á descargar sobre él todo el peso de su justa indignacion.

Prescindiremos de mentar la mudanza y las alteraciones que sufrió la superficie del globo por la inundacion universal; y desechando por absurda y temeraria la opinion de que antes del diluvio la tierra no era mas que una dilatada llanura, pues está en contradiccion con lo que nos dice la Escritura acerca haber subido las aguas quince codos sobre los mon-